

El ESCLAVO de VELÁZQUEZ

*La historia del esclavo retratado
por el pintor de reyes*

FERNANDO VILLAVERDE

SUMA

ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatorias](#)

[Documento: Vida de don Diego Velázquez de Silva](#)

[Primera parte](#)

[EL HIJO DEL ESCLAVO VOLUNTARIO](#)

[1. La valona de Flandes](#)

[2. El esclavo voluntario](#)

[Documento: Expulsión justificada de los moriscos españoles](#)

[3. El palacio de la Peña de los Enamorados](#)

[4. Ni herrado ni descrito](#)

[5. Una sinrazón](#)

[6. En palacio](#)

[7. Bajo el vientre de un caballo](#)

[8. Los abrojos](#)

[9. Los cuadros](#)

[10. Infortunado Marsias](#)

[Documento: La historia de Marsias](#)

[11. No te muevas, Juan](#)

[12. La primera llamada](#)

[13. Quién sabe](#)

[14. Esclavo de casa](#)

[15. El primer viaje](#)

[16. Ánades con membrillos](#)

[17. Si pudiera verlo](#)

[18. ¿Y ese chico?](#)

[19. El corro de negros bozales](#)

- [20. La idea de Pacheco](#)
- [21. El papel](#)
- [22. Propiedad de don Diego de Silva Velázquez](#)
- [23. El color de tu piel](#)
- [24. Hombre crepúsculo](#)
- [25. Fuera de sitio](#)
- [26. La noticia](#)
- [27. La viuda Isabel](#)
- [28. El asidero](#)
- [29. La segunda llamada](#)
- [30. El morisco callado](#)
- [31. El taller de Madrid](#)
- [32. El segundo viaje](#)

Segunda parte

TREINTA Y UN AÑOS CON DON DIEGO

- [33. Ramira y el biombo. 1624](#)
- [34. Las calles de Madrid. 1625](#)
- [35. El nuevo aprendiz. 1626](#)
Documento: Contrato de aprendizaje
- [36. Hablar los ojos, callar la boca](#)
- [37. He pensado en Juan. 1627](#)
Documento: El color azul
- [38. El más grande de Europa. 1628](#)
- [39. Qué alivio. 1629](#)
- [40. El martirio de los cartujos ingleses. 1630](#)
- [41. Relajar la postura](#)
- [42. La lucha de fieras. 1631](#)
Documento: El combate de fieras
- [43. De capitán general. 1632](#)
- [44. La boda paralela. 1633](#)
- [45. Antigua llaga](#)
- [46. El día de grande nieve. 1634](#)
- [47. El rey de los pintores del rey. 1635](#)
- [48. Lezcano o Lezcanillo, llamado el Vizcaíno. 1636](#)
- [49. El secreto y el enigma. 1637](#)

[50. El hombre que hablaba a las estatuas](#)

[51. ¡Ea, despósenlos ya! 1638](#)

[*Documento: Correr festejos*](#)

[52. Dibujar más suelto. 1639](#)

[53. Diecisiete años después. 1640](#)

[54. Miro a don Diego cuando él no me mira](#)

[55. Timoteo el talabartero. 1641](#)

[56. La derrota del aspirante a pintor. 1642](#)

[57. Un hombre privilegiado. 1643](#)

[58. En campaña. 1644](#)

[*Documento: Arreglo del aposento de Velázquez en Fraga*](#)

[59. Menos mal](#)

[60. Tiempo de muerte. 1645](#)

[61. La gran tragedia. 1646](#)

[*Documento: El final del heredero*](#)

[62. De nuevo la antigua llaga. 1647](#)

[63. Alguien para siempre](#)

[64. La gran aventura de su vida. 1648](#)

[65. Hacem anciano. 1649](#)

[66. El llanto](#)

EPÍLOGO

[Una línea rosada en el párpado izquierdo](#)

[Una escena extraordinaria](#)

[Quita, quita](#)

[*Documento: Donación de libertad*](#)

[La carta](#)

[En el Metropolitan, Nueva York](#)

[Nota final](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Para Rosa, Ángela, Guillermo y Jonás.

*Para Isabel Monzón y Gonzalo Suárez,
por lo que ellos saben.*

*Para Jonathan Brown, de quien aprendí
a entender y amar a Velázquez.*

Vida de don Diego Velázquez de Silva

ANTONIO ACISCLO PALOMINO

1724

Cuando se determinó retratase al Sumo Pontífice, quiso prevenirse antes con el ejercicio de pintar una cabeza del natural; hizo la de Juan de Pareja, esclavo suyo [...], tan semejante, y con tanta viveza, que habiéndolo enviado con el mismo Pareja a la censura de algunos amigos, se quedaban mirando el retrato pintado y a el original, con admiración y asombro, sin saber con quién habían de hablar, o quién les había de responder.

PRIMERA PARTE

EL HIJO DEL ESCLAVO VOLUNTARIO

1

La valona de Flandes

Roma, 3 de marzo de 1650

Apenas pude reaccionar esta mañana cuando, nada más llegar al taller, me dijo don Diego que avivara las faenas —sacar aceite si hacía falta, aparejar un lienzo que iba a empezar, moler algunas tierras— porque después del almuerzo iba a posar para él.

—Te pondrás el jubón de terciopelo, la capa de bayeta oscura y la banda que están en mi aposento, y esta valona de Flandes que te traigo.

—Como mande, don Diego.

Fue lo único que acerté a responderle. Más un balbuceo —y él se habrá dado cuenta— que la voz firme con que hace ya años que suelo hablarle, y a veces hasta a algunas de las gentes muy principales que vienen por el taller y que a mí se dirigen, aunque no por mi propia persona sino por la costumbre de verme allí, paso tanto tiempo junto al primer pintor del rey.

Hasta a mí me sorprende ese desparpajo. Pero cuando intuyo que a ellos los sorprende, me gusta pensar que al fin y al cabo mis padres fueron antes hombres libres, como lo fueron mis abuelos y los padres de mis abuelos. Me acuerdo entonces de la apostura con que mi padre trataba con su amo don Jerónimo. Levantaba la cabeza e impostaba un poco la voz, como diciendo que, aun perdida la libertad, seguía siendo el mismo Hacem Abonabó Pareja, el morisco que poseía y cultivaba el Campo del Alarabí, la tierra mejor regada de la vega de Antequera.

Esa actitud no me ha hecho mal hasta ahora, ni mi amo me la ha reprochado nunca. Creo que tampoco a don Jerónimo le molestaba en mi padre, al menos las veces que los vi juntos.

2

EL ESCLAVO VOLUNTARIO

«Iban a pie, cansados, doloridos, perdidos, fatigados, tristes, confusos, corridos, rabiosos, corrompidos, enojados, aburridos, sedientos y hambrientos».

PEDRO AZNAR CARDONA

Antequera, 7 de septiembre de 1609

En la mediana hacienda conocida por el nombre de su antiguo propietario como el Campo del Alarabí y situada en una hoya de la vega de Antequera. Junto al estanque grande. En unos bancales, caña de azúcar, y abajo limoneros y avellanos. Al fondo, un huerto de pimientos y berenjenas. Los personajes son los moriscos Hacem Abonabó Pareja, hortelano, Maçahoth Pérez de Válor, artificiero, y Ubécar de Molina, tejedor de sedas.

—¿Qué vais a hacer? Dicen los que saben que el bando de expulsión de los hermanos de Valencia está a punto de publicarse, incluso circulan por allí copias que parecen auténticas, y que luego seguirán los de Andalucía y Murcia, y después los de Castilla y Aragón, y Extremadura... Parece que podremos llevar con nosotros los muebles y lo que cada uno aguante en su persona, y que ya se están reuniendo las embarcaciones que han de pasarnos a las costas de Berbería.

Ubécar de Molina siente una especie de alivio, como si al contarlo a sus amigos se hubiera salido de la escena y convertido en un mero espectador de sus reacciones. Siempre ha sido el mejor informado de la comunidad, no es hombre que hable por hablar, de modo que no podía ser otro quien interpretara ahora este papel. Y lo hace con sobriedad, sin retórica ni florituras. Hacem y Maçahoth lo conocen bien, y

no se les ocurre discutir o matizar sus palabras, mucho menos dudar de la verdad de lo que en ellas se encierra.

Maçahoth el artificiero sabe que al otro lado se aprecia su oficio, que con cualquier excusa sacan la pólvora a la calle, y que el propio sultán, el famoso Muley Zidán, el amante de los libros y los códices, a la menor ocasión llena el cielo con dibujos de fuego. Y sabe también que los artificios están allí menos adelantados, o al menos eso le han contado quienes regresaron años después de la rebelión, y no le será difícil sobrevivir, y aunque no lo dice se entrega incluso por un momento a la tentación de soñar, en una imagen fugaz pero vivísima, con generosas recompensas de los poderosos de más allá de la líquida frontera.

—Son hermanos, y nos recibirán bien —dice finalmente Maçahoth.

Ubécar calla. Este Maçahoth siempre ha sido un poco simple, demasiado, como si las piruetas y remolinos que fabrica le llenaran la cabeza de luces y colores, le nublasen el juicio y le impidiesen comprender y aceptar que las cosas son como son. Pero él ya no es joven. De dónde va a sacar fuerzas para empezar de nuevo en un país extraño o siquiera para el viaje mismo, cómo remontar o desmontar su vida a estas alturas, la tranquilidad del pequeño taller, el presentimiento de la muerte próxima, será su sobrino Salé quien se quede con el negocio. Nunca recibió la bendición de un hijo varón y bien que lo ha lamentado siempre aunque ahora eso ya no sea más que otra cicatriz en su corazón gastado. Desconcierto, desorientación, desánimo más que desesperación, pero siempre con ese des que lo priva de futuro y de presente, que le echa encima la línea del horizonte de su vida. La noticia lo ha desarmado.

—¿Qué vais a hacer, qué vas a hacer, Hacem Abonabó, mi buen amigo?

Como casi todos, Hacem Abonabó Pareja lleva mucho tiempo pensando en este momento, temiéndolo pero a la vez casi deseándolo para alejar por fin la bestia negra de la amenaza y de lo incógnito, y sin embargo no ha conseguido saber lo que va a hacer. Lo por venir finalmente viene, la

historia es lenta pero implacable, y lo por llegar ha llegado ya. Tiene miedo, sobre todo miedo. Los bandoleros en el camino hacia los puertos, colmados como ellos irán de propiedades y dineros. Y además su mujer encinta.

¿Embarcar? Ni siquiera se ha acercado nunca al mar próximo como han hecho casi todos, a ese mar que según cuentan es también escenario de famosas hazañas y de peligros que no es capaz de imaginar. El mar de los corsarios y de las tormentas. La travesía, el barco, ese ataúd anticipado como dijo Gracián. Y la llegada, por mucho que el bando diga que los desembarcarán sin mal tratamiento ni molestia en sus personas.

¿Huir, ocultarse? Solo ir a la villa de Antequera los días de mercado le produce una inquietud que no desaparece hasta que al regreso dobla la última curva del camino y avista la casa y recupera al fin el sosiego. Prenderlos y desvalijarlos, dirá el edicto de expulsión, y si se defendieren los puedan matar. O esperar quedos al comisario que los ha de conducir a la muerte segura.

—Lo que sé es que esta es nuestra tierra —habla por fin Ubécar tras el largo silencio de Hacem Abonabó— por mucho que algunos digan que allá al otro lado está la patria verdadera, la patria de la que salimos y a la que hemos de volver para que todo cuadre con la precisión con que la luna sucede al sol y el sol a la luna.

Se da cuenta de inmediato de que no debería haberlo dicho, pues no es momento para filosofar y además no cabe defensa o resistencia alguna, y vuelve enseguida a poner los pies en la tierra.

—Según dicen, hay entre los hermanos de Valencia quienes prefieren ir al norte, a la Francia enemiga pero al fin conocida, mas ignoran si les será permitido, y de qué modo. Salónica, Estambul, Egipto... piensan otros, seducidos por viejas historias que vienen oyendo desde niños. Más vale no soñar con entrar en ese puñado que se librará de la expulsión, seis de cada cien para que se conserven las casas y los ingenios de azúcar, las cosechas de arroz y el regadío, los nombrarán los señores, y serán los que ya trabajan en

sus campos. Hay quien incluso piensa en ofrecerse como esclavo a algún cristiano viejo para no partir.

Al oír estas últimas palabras, y en cuanto se recobró de la sorpresa que le detuvo el pulso para desbocarlo después al instante, Hacem Abonabó supo cuál era su destino. Supo que ya únicamente era cuestión de argumentos y fingimientos, de mañas y ardides para no quedarse solo en aquel futuro que se le había presentado de improviso, como una revelación.

Expulsión justificada de los moriscos españoles

PEDRO AZNAR CARDONA

1612

Salidos ya de los señoríos de nuestro católico Rey, perecieron en pocos días, aquejados de mil duras pesadumbres [...] más de sesenta mil: unos por esos mares hacia Oriente y Poniente; otros por esos montes, caminos y despoblados, y otros a manos de sus amigos los alarbes en esas costas de Berbería, cuyos cuerpos han servido para henchir los buches desaforados de las bestias marinas y los estómagos de los animales cuadrúpedos y fieras alimañas de la tierra sin tener más cuenta de ellos que del estiércol de la calle.

3

EL PALACIO DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Antequera, 20 de septiembre de 1609

Aunque Juan no lo supo hasta mucho después, su vida cambió aquel día en que quien aún no era su padre, Haces Abonabó Pareja, llamó a la puerta del palacio que decían de la Peña de los Enamorados y preguntó por el señor. De su atrevimiento pudo darse cuenta todavía más tarde, una vez que la distante cercanía de los poderosos y el privilegio de haber conocido a gentes de muy diversa posición le enseñaron a descifrar el mensaje de su color. Pudo así imaginar con rara certidumbre, porque no le fueron contados nunca, los sentimientos que acompañaron a su padre aquel día, las cavilaciones de los días o semanas anteriores, la incompreensión de la mujer que aún no era su madre, de sus amigos, su soberbia soledad.

¿Cómo pudo? Era un hombre orgulloso aunque él no podría asegurarlo, era solo la versión que de él le dieron otros que lo conocieron mejor. Tuvo que costarle mucho tomar el camino que lo acercaba a la ciudad, y ascender luego a la parte alta, a los que eran desde hacía casi doscientos años los dominios de los cristianos viejos por más que a su alrededor viera de paso en paso, en la decoración de casas y palacios, la huella de los oficios de los suyos. Y Juan imaginaba la firmeza con que, llegado a su destino, le dijo al primer criado que salió a su encuentro que quería hablar con don Jerónimo, don Jerónimo Matías de Rojas y Rojas, señor de la villa del Rincón de Herrera y Alimanes. Daban comienzo así los sucesos que tantas veces reconstruyó en su